

Política y filósofos



OSWALD Spengler es sin duda uno de los pensadores alemanes contemporáneos que más interés despierta en los públicos de habla española. Nadie le supera en esa línea del pensamiento paradójico y dogmático, pero agudo y apasionante, cuyo maestro fué Federico Nietzsche.

Spengler baja en su última obra (1) de ese magnífico sitio en que se había colocado para apreciar los hechos culturales del pasado y vaticinar los del porvenir, a un terreno más periodístico y vital, pero también más peligroso. Es la misma trayectoria que sigue Kayserling de su «Mundo que nace» a «Europa (Imagen espectral de un continente)» y «Meditaciones sudamericanas».

Ese continuo asomarse a todo—la filosofía y la historia, el arte y la política—y en este caso hasta de actuar directamente, tiene en José Ortega y Gasset un exponente bien conocido. También en el pensador español se puede apreciar una parecida evolución que va de «El tema de nuestro tiempo» a «La rebelión de las masas» y las cinco o seis obras que ha escrito últimamente sobre la política española y europea. Por

(1) «Años de Decisión», de Oswald Spengler. Traducción de Luisa Frey Gabler. Editorial Ercilla, 1934.

otra parte, «España invertebrada» y «Años de decisión», presentan la misma tendencia a corregir la marcha histórica de un pueblo. Sin embargo, Ortega y Gasset se permite decir lo siguiente:

«Para que la filosofía impere, basta con que la haya; es decir, con que los filósofos sean filósofos. Desde hace casi una centuria, los filósofos son todo, menos que eso—son políticos, son pedagogos, son literatos o son hombres de ciencia. «(La Rebelión de las masas», pág. 142).

Spengler escribe como siempre, en su último libro, sobre y para toda la humanidad, pero muy especialmente para Alemania. A su obra no le vendría mal el título de la de Fichte: «Discursos a la nación alemana».

Muchos sostienen que Spengler ha escrito este libro influenciado por los nazis y su movimiento; pero no es el duro pensador alemán de los que se dejan llevar, sino de los que pretenden influenciar directamente. En lo fundamental en que coinciden Spengler y los conductores del nacional socialismo, es en el ánimo de levantar a Alemania lo más alto que sea posible. Muchas de sus consideraciones actuales sólo son la continuación y la consecuencia de lo que ya había dicho en los últimos capítulos de su «Decadencia de Occidente». Sus opiniones actuales no son un cambio de frente. Spengler fué siempre reaccionario y quizá aún, retrógrado, como veremos más adelante, aunque muchos no lo quisieron ver así. En lo único en que ha variado, es en la alegría y temor al presentir el futuro de Alemania,

«Los acontecimientos de este año nos dan la esperanza de que podremos llegar a ser alguna vez de nuevo—como en el tiempo de Bismarck—sujeto, y

no sólo objeto de la historia. («Años de decisión», pág. 5), Alemania está en peligro. Mi temor por el destino de Alemania no ha disminuído. La victoria de Marzo fué demasiado fácil y no ha abierto los ojos de los vencedores para hacerlos apreciar las dimensiones del peligro, su origen y duración». Idem, pág. 9).

Todo el mundo blanco se derrumbará, pero por lo menos Alemania, al caer, tiene la probabilidad de cumplir el último gran rol histórico reservado a un país occidental; esta es su esperanza.

«¿Por qué es el pueblo alemán el menos gastado de todo el mundo blanco, y por qué es el que más promete para el futuro? Lo es porque su pasado político no le ha dado ocasión para despilfarrar su valiosa sangre y sus grandes condiciones. Esta es la única ventaja de nuestra miserable historia a partir de 1500. Ha economizado con nosotros». (Idem, página 152). «Alemania es el país decisivo para el mundo entero, no sólo por su situación en el límite con el Asia, que hoy día es el continente más importante para la política mundial, sino también porque los alemanes son todavía lo suficientemente jóvenes para vivir los problemas de la historia mundial, para formarlos y decidirlos; mientras que otros pueblos se han puesto demasiado viejos y rígidos y no podrán tomar otra actitud que la defensa». (Idem, pág. 9).

Pensando en Alemania, Spengler se vuelve a ratos optimista y hasta levanta a medias sus profecías funerarias sobre Enropa.

«Alemania no es una isla, como creen los ideólogos políticos que ven en ella el objeto para realizar sus programas. Ella sólo es una pequeña mancha en un gran mundo efervescente; pero ocupa un lugar decisivo. Ella es la única que tiene dentro de sí el hecho

real, que es el «prusianismo». Con este tesoro de modalidad ejemplar de ser, puede llegar a convertirse en la educadora del mundo «blanco», y tal vez salvarlo». (Idem, pág. 138).

«¿Es que debemos ser devorados por los acontecimientos en nuestra calidad de soñadores, entusiastas y pendencieros, y no dejar nada que con alguna grandeza dé término a nuestra historia? El juego de dados por el dominio del mundo ha comenzado, y se acabará de jugarlo entre hombres fuertes. ¿No podrá haber alemanes entre ellos?».

Su exposición ante los nazis, más que la de un complaciente, es la de un severo crítico y corrector. El ideal de Spengler sería prusianizar y aristocratizar el movimiento alemán, que después de todo es un movimiento de masas.

«Es preciso que los que actúan en el movimiento nacional tengan una visión clara. Su victoria no ha sido una victoria, porque faltaban los opositores. Fué sólo la promesa de victorias futuras que deberán ser ganadas en difícil contienda». (Idem, pág. 6).

«Precisamente, en la raza germánica, la de más fuerte voluntad que haya existido nunca, duermen todavía grandes posibilidades.

«Pero, al hablar de raza, no está considerada en el sentido que está hoy día de moda entre los antisemitas de Europa y América, esto es, en el sentido darwinista y materialista. Quien habla demasiado de la raza, ya no la tiene. No es cuestión de la raza pura, sino de la raza fuerte que posea un pueblo». (Idem, página 149).

«La legítima fidelidad al jefe—legítimamente prusiana—es lo que más hace falta en el mundo en esta época de grandes catástrofes. El conductor sólo se

apoya en algo que opone resistencia. En esto se demuestra el verdadero conductor. El que sale de la masa, tiene que saber mejor aún que la masa, que la mayoría; los partidos no son un séquito. Sólo quieren ventaja. Abandonan al que va adelante tan pronto como éste pide sacrificios. Quien piensa y siente desde la masa, nunca legará a la historia otra fama que la de demagogo. El que ha nacido para dominar, puede usarla, pero la desprecia. La lucha más difícil no es la que se libra contra el enemigo, sino contra el enjambre de los amigos demasiado sumisos». (Idem, página 138).

«El puro demagogo—Cleón, a diferencia de Pericles—es el hombre de la vanidad y la retórica. No es el «conductor» sino el «conducido», es decir, que se coloca allí donde percibe una pseudo-dirección del partido o de la masa. Busca el poder sin responsabilidad ante la colectividad». (Max Scheler, «El Héroe,» Revista de Occidente, Junio de 1933).

En esta obra Spengler, al mismo tiempo que «jalea» a Alemania mira a Europa, y la mira como propia. Spengler no sólo piensa en Alemania, sino también en Europa, pero en una Europa muy restringida. Por Europa, entiende Spengler a Alemania e Inglaterra, y, en general, el norte; el sur románico pertenece, como Sur América, a las razas de color, al enemigo. En Francia y en España el elemento germánico se ha gastado y está por desaparecer; esta es la razón que alega Spengler para negarles porvenir histórico. Para el filósofo alemán los últimos restos «vivos» de Europa son Alemania, Inglaterra e Italia. Inglaterra vive sus últimos años de esplendor histórico, e Italia será grande mientras viva Mussolini. Aunque no lo diga, es fácil concluir, leyendo «Años de decisión», que

cuando Spengler dice Europa, sólo piensa en ella en la medida que pueda ser dócil a una disciplina impuesta por los alemanes. En todo lo que la presente obra trae de preocupación por Europa, es interesante compararla con «La Rebelión de las Masas», de Ortega y Gasset. Ambos son aristocráticos y, en lo profundo, ambos desprecian a las masas. Ortega y Gasset no encuentra en España un país capaz de imponerse a Europa, y por eso es europeo. Spengler, cuando habla de Europa, pone todo su juego a una carta: Alemania. Su actitud se resume en la frase de Bismark: «Los alemanes no tenemos, salvo a Dios, a nadie en el Mundo».

¿Cuáles son para Spengler los grandes peligros en estos años decisivos? Uno que ya no es peligro, sino que está en la cumbre de su vigor destructivo: la Revolución Mundial Blanca. Pero el gran peligro, el que tomará el anterior sólo como plataforma, es la Revolución mundial de color.

Es al apreciar los peligros que amenazan a Alemania y al mundo blanco, cuando Spengler nos da su opinión sobre todas las corrientes políticas que tratan de imponerse en Europa. El pensador alemán busca atrás, en el liberalismo, la primera trizadura de la cultura política europea. El liberalismo, tan encomiado por Ortega y Gasset (1), es para Spengler el primer paso de la «cultura» a la «civilización» en la alta política europea, y de él hace nacer todas las corrientes de vanguardia de la actualidad.

«La democracia del siglo XIX es ya bolchevismo; aunque le falta todavía el valor para llegar a sus úl-

(1) "Ideas de los castillos: Democracia y Liberalismo" ("Notas del vago estío"). Espasa. Colección Universal.

timas consecuencias. Hay sólo un paso del asalto de la Bastilla y de la guillotina fomentadora de la igualdad general, a los ideales y luchas callejeras de 1848, —el año del Manifiesto Comunista— y sólo un segundo paso de ahí al derrocamiento del zarismo constituido a la manera occidental. El bolchevismo no sólo nos amenaza, sino que ya nos domina. Su igualdad consiste en la equivalencia de pueblo y plebe; su libertad, en liberarse de la cultura y de la sociedad», (Idem, pág. 71).

«El liberalismo activo avanza, consecuentemente, desde el jacobinismo hacia el bolchevismo. Entre ambos no hay oposición de pensamiento y voluntad. Es la forma temprana y la tardía, el principio y el fin de un solo desenvolvimiento». (Idem, pág. 79).

«La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal. El liberalismo—conviene hoy recordar esto—es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías, y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta». («La rebelión de las Masas», pág. 123).

Para Spengler el comunismo es una doctrina absolutamente europea y extraña, en muchos de sus aspectos fundamentales, al alma rusa. Con el comunismo Rusia vuelve a ser, en su primera etapa—que ya está terminando—tan europea como lo fué en la época de Pedro el Grande: pero, debajo de toda la teoría y la técnica que han importado del Occidente, está germinando un nacionalismo tártaro que usa de la propaganda comunista, con el objeto de destruir más pronto al odiado enemigo.

«Es característico, para la superficialidad del pensamiento «blanco», el considerar el bolchevismo como

una creación rusa, que amenaza conquistar la Europa occidental. En realidad, él ha nacido en la Europa occidental, y como consecuencia necesaria y fase última de la democracia liberal de 1770, como último triunfo del racionalismo político, esto es, de la pretensión de dominar la historia viva con sistemas e ideales de papel.» (Idem, pág. 82).

«El bolchevismo «blanco» está en vías de desaparecer rápidamente. Se mantiene la cara marxista sólo hacia afuera, para desencadenar en el Asia del sur, en el Africa, en América, la sublevación contra las potencias «blancas» y poder dirigirlas. Una nueva capa de gobernantes más asiática, ha reemplazado la de origen semi-occidental». (Idem, pág. 144).

«También el marxismo es una religión, no es la intención de su autor, pero sí de aquellos en que la han convertido sus discípulos revolucionarios. Tiene sus santos, sus apóstoles, sus mártires, sus padres de la iglesia, su biblia y su misión; tiene sus dogmas, sus juicios de herejes, su ortodoxia y escolástica, y ante todo, una moral popular, o más bien dicho, dos—una frente a los creyentes y otra frente a los infieles—como cualquiera iglesia». (Idem, pág. 92).

«Que el marxismo haya triunfado en Rusia—donde no hay industria—sería la contradicción mayor que podría sobrevenir al marxismo. Pero no hay tal contradicción, porque no hay tal triunfo, Rusia es marxista, aproximadamente, como eran romanos los tudescos del Sacro Imperio Romano». «La rebelión de las Masas», pág. 231).

En todo hecho de camoufflage histórico hay dos realidades que se superponen: Una profunda, efectiva, substancial; otra, aparente, accidental y de superficie. Así, en Moscú hay una película de ideas europeas,

—el marxismo—pensadas en Europa en vista de realidades y problemas europeos. Debajo de ella hay un pueblo, no sólo distinto como materia étnica del europeo, sino —lo que importa mucho más— de una edad diferente de la nuestra», (*Rebelión de las masas*», pág. 231).

«Yo espero un libro en que el marxismo de Stalin aparezca traducido a la historia de Rusia. Porque esto, lo que tiene de ruso, es lo que tiene de fuerte, y no lo que tiene de comunista. Rusia, porque carece aún de mandamientos, ha necesitado fingir su adhesión al principio europeo de Marx. Porque le sobra juventud, le bastó con esa ficción. El joven no necesita de razones para vivir; sólo necesita pretextos». (*«La rebelión de las masas»*, pág. 233).

«El régimen de los bolcheviques consta, como Kiptschak—el imperio de la «horda de oro» del tiempo de los mongoles—de una horda dominante, llamada el partido comunista—con jefes y una Klan omnipotente, y de una masa cien veces más numerosa, subyugada e incapaz de defenderse. De un verdadero marxismo se encuentra ahí muy poco: fuera de los nombres y de los programas. (*«Años de Decisión»*, página 48).

«Todo socialismo, que pasa de la teoría a la práctica, se ahoga muy pronto en la burocracia». (*Idem*, pág. 144).

«El marxismo, que en teoría es una negación de la burguesía, es hasta la médula burgués en su actitud y conducta como partido». (*«Decadencia de Occidente»*, Tomo IV, pág. 275).

Como se ve, Ortega y Gasset y Spengler, coinciden en muchos puntos frente al fenómeno ruso. Sin embargo, no está para Ortega en lo ruso-asiático el gran

peligro. La causa del desconcierto que estremece a Europa en la actualidad, la cree encontrar el pensador español, en la falta de espíritu de empresa, de la alta empresa cultural; y en su incapacidad para mandar, para ser la primera en el mundo. Para Spengler, que Europa ya no mande, y que haya sobrevivido la revolución mundial blanca, y esté a punto de estallar la revolución mundial de color, todo ello se debe—volviendo a su tesis fundamental—a que Europa está en decadencia. Pero aquí se hace evidente la contradicción en su última obra. A pesar de repetir y demostrar una y otra vez que Europa está en decadencia, su optimismo sale a la superficie en lo que respecta a Alemania y también con respecto a Europa, como continente destinado a ser dirigido por los alemanes.

«Después de la guerra, el europeo se ha encerrado en su interior, se ha quedado sin empresa para sí y para los demás. Por eso seguimos históricamente como hace diez años». («La Rebelión de las masas», página 239).

«Europa no está segura de mandar, ni el resto del mundo de ser mandado. La soberanía histórica se haya en dispersión». («Reb. de las masas», pág. 307).

«Yo iba a decir sencillamente que lo que ahora pasa en el mundo—se entiende el histórico—es exclusivamente esto: durante tres siglos, Europa ha mandado en el mundo, y ahora no está segura de mandar ni de seguir mandando». («Reb. de las masas», pág. 221).

«No es ya posible soportar ese «estar en forma» de la nación, porque el individuo, por dentro, ya no está en forma. Esto es cierto en las costumbres como en las artes y la ideología: es cierto, sobre todo, en la

política». («Decadencia de Occidente», tomo IV, página 203).

«Los pueblos blancos de amos han descendido de su rango anterior y hoy tratan con los pueblos que ayer recibían sus órdenes, y mañana tendrán que halagarlos para que les permitan tratar con ellos. Por primera vez, después del sitio de Viena por los turcos, los pueblos blancos han sido obligados a tomar la defensiva y necesitarán de grandes fuerzas, tanto anímicas como militares, concentradas en la mano de un hombre muy grande, si pretenden soportar la inmensa tormenta que ya no se hará esperar mucho tiempo». («Años de Decisión», pág. 143).

Para Ortega y Gasset, Europa podría salvarse buscándose una nueva moral y una nueva empresa, y esta última sería la unificación política de Europa:

«Yo veo en la construcción de Europa, como gran Estado nacional, la única empresa que pudiera contraponerse a la victoria del «plan de cinco años». («La Rebelión de las masas», pág. 315).

«La política de halago a las masas, a cualquier masa, está terminando en el mundo. El facismo y el nacional socialismo son su última manifestación, y a la par, el tránsito a otro estilo de organización popular. Hay que ir más allá de ellos y evitar a todo trance su imitación». (Discurso político).

«El nacionalismo moderno, reemplaza al pueblo por la masa. Es revolucionario y ciudadano hasta la médula». («Años de Decisión», pág. 33).

Spengler es más amigo del diagnóstico y la profecía que de proponer medidas saludables, que muchas veces le merecen desprecio. Sin embargo, en su última obra también esboza programas para el futuro. Una de las causas decisivas de la decadencia política

de Europa, cree encontrarla en el predominio de la economía en la política.

«Como un signo grave de la disolución de la soberanía del Estado, hay que considerar el hecho de que en el siglo XIX se hizo general la impresión de que la economía era más importante que la política». («Años de Decisión», pág. 35).

«Cuando la historia ha transcurrido «en forma», y no tumultuosa ni revolucionaria, no han sido los jefes de la economía los amos de la decisión». («Años de Decisión», pág. 35).

Algo de esto ya lo había dicho Max Scheler:

«No es posible superar la lucha de clases más que por mediación de estadistas que no sean conductores de la economía».

«Es absurdo que el estadista haya de preocuparse por el bien del mundo. Esto no es «ético», altruista, sino ambición pretenciosa o frase vacía. El bien del mundo es cosa de Dios, del santo, de la Iglesia. Ni siquiera es cosa del genio que piensa en su obra». (Max Scheler, «El Héroe», Revista de Occidente).

Waldo Frank dijo a raíz de la aparición de «La Decadencia de Occidente», que Spengler era un romántico y que su obra era un poema. Spengler es la historia como espectáculo. Nadie logra darle un tan alto interés.

Sobre ese flanco romántico de su personalidad es sobre el cual la crítica alemana ha agudizado su ataque. No aceptan los hitleristas que Spengler clame como un «führer» europeo, ni aceptan tampoco sus ideas con respecto a las masas. Spengler ama lo popular, y sobre todo al campesino. En muchos pasajes de su obra habla de «la sabiduría de las viejas familias campesinas». Sabiduría de sangre y no de tinta.

En cambio odia profundamente a los pobladores de las grandes urbes, a los proletarios, y a sus conductores, formados en el submundo literario de las grandes ciudades.

«El escenario de esta revolución de la vida, su razón de ser, y al mismo tiempo su expresión, es la gran urbe, que se forma en las épocas tardías de todas las culturas. En este mundo pétreo y petrificado se reúne día a día un pueblo desarraigado, substraído a los campos, «masa» en un sentido espantoso, arena humana amorfa, con la que se puede modelar estructuras artificiosas y por eso mismo pasajeras; partidos, organizaciones planeadas, según programas e ideales, en los que ya han perecido las fuerzas del crecimiento natural en la sucesión de las generaciones hartas de tradición». («Años de Decisión», pág. 65).

Ernst Wilhelm Eschmann (1), uno de los críticos empapados del nuevo espíritu alemán, ha hecho los más serios reparos al autor de «Años de Decisión».

«El profeta se lanza apasionadamente contra su tiempo. Es su negación absoluta. Cuando la época termina en un hecho imprevisto, el profeta se desentiende de ella y se niega a considerarla. Spengler se resiste a tomar en cuenta ciertos acontecimientos que no caben en «su» cuadro de la historia. El hombre que salió a conquistar la realidad, invadida por ideologías pacifistas, liberales y optimistas, el hombre que condujo a centenares de miles hacia la realidad, termina por esconder a ésta bajo construcciones intelectuales que son más destructivas aun que las primeras... Es nuestro deber separarnos de este espíritu romántico

(1) «Spengler und die Wirklichkeit» (Spengler y la Realidad). Revista «Die Tat». Diciembre de 1933.

en la misma forma que nos hemos separado del materialismo intelectual de la época pasada».

«Spengler tomó partido por el socialismo, frente a un mundo totalmente capitalista y liberal. Fué una acción heroica del pensamiento romántico, defender la posibilidad totalmente opuesta: el socialismo prusiano. Pero ahora, cuando la posibilidad se convierte ineludiblemente en realidad, el mundo náufrago del liberalismo y del capitalismo aparece ante su espíritu romántico como transfigurado por el brillo de la historia, y es declarado ciudadela de la libertad y de las grandes cosas» (?).

«No existe una comunidad de pueblos blancos cuyo defensor sea Alemania, ni existe tampoco una comunidad de los pueblos «de color» contra los que Alemania sea una valla. Sólo existe una sociedad de pueblos, sí, una sociedad, pero no una unión ni una familia».

«Si Spengler pide para sí el derecho de determinar el desarrollo venidero y la acción política de nuestro pueblo, e insiste en llevarnos por el camino de la «irrealidad», es nuestro deber separarnos de este espíritu romántico, del mismo modo que lo hicimos con las construcciones futuristas y no menos fantásticas del marxismo».

Hemos querido exponer y confrontar, en el presente artículo, el pensamiento político de dos filósofos europeos, que tienen gran autoridad en sus respectivos países y fuera de ellos. Sería tarea mucho más difícil intentar una crítica profunda. Ambos pensadores quieren ser ante todo eficientes, uno con respecto a Alemania y otro con respecto a una futura Europa.

Spengler escribe para la burguesía—elemento social que tiende a desaparecer en una proletarización económica y cultural cada vez más acentuada—y para

una aristocracia en formación. Ortega proyecta su pensamiento hacia una realidad, y una nueva aristocracia que aun no se vislumbra. Los dos son pensadores del siglo, no de la filosofía del siglo, sino de todas sus manifestaciones. Tanto el uno como el otro condenan el presente. Spengler elogia el pasado y se apresta para un futuro triste, violento y sólo interesante como espectáculo. Ortega se decide por un gran porvenir. Para Spengler, en la actualidad, sólo vale Alemania, y de la raza europea, la más blanca. Ortega es un europeo, siempre ha querido serlo.